

Editorial

En la Editorial correspondiente al núm. 3 (vol. II-1972) de esta Revista, se comentó el cambio sustancial ocurrido en la orientación sociológica de los trabajos del CEE. El mismo ha sido consecuencia de una reflexión profunda hecha en equipo, sobre los resultados de nuestras investigaciones anteriores y sobre la probable proyección futura de nuestros trabajos.

A los integrantes de nuestro equipo dejó de parecernos adecuado el enfoque desarrollista de la educación, y nos pareció más conforme con la realidad considerarla como uno de los factores para el cambio de nuestras estructuras sociales, económicas y políticas. Existe un consenso bastante generalizado de que este cambio es indispensable y urgente, pero no es de menor importancia precisar el sentido que cada quien da a esa transformación que se desea. Desde nuestro punto de vista, nos parece necesario un esfuerzo eficaz para lograr en México una sociedad más humana y más justa, en la que se establezcan mecanismos apropiados para asegurar una distribución más equitativa de la propiedad, del poder y la cultura entre otras cosas.

Para que esto sea posible consideramos necesario apoyar todo proceso tendiente a eliminar las relaciones de explotación y de opresión, mismas que se traducen habitualmente en causa y efecto de la concentración excesiva de la riqueza y del poder. Lo anterior significa, en nuestro caso, haber aceptado el compromiso de esforzarnos en la medida de nuestros modestos recursos, y en el campo específico de nuestra actividad, por superar la injusticia y la opresión bajo todas sus formas.

Hemos reconocido, además, que ningún cambio social de trascendencia se realiza sin conflicto; pero hemos manifestado nuestra adhesión a las vías y los procedimientos no violentos pero eficaces, dado que la violencia contradice los objetivos finales que son los de lograr una colaboración efectiva entre los hombres, una verdadera integración social y una auténtica fraternidad y solidaridad.

En el plano de la estrategia y dado que la índole de nuestro esfuerzo es de naturaleza intelectual, estamos dando preferencia a aquellas investigaciones que permiten identificar los mecanismos educativos reproductores de la estructura social, así como aquellos que pueden propiciar el cambio estructural.

Consideramos que entre los medios y procedimientos más eficaces para el logro de las finalidades enunciadas habría que destacar la capacidad de crítica y de disenso, muy especialmente de los integrantes de los sectores sociales marginados. Esto, que incluso a nivel oficial se proclama, cae dentro de las funciones estrictamente educativas; de allí la importancia especial que reviste para nosotros. Pero también consideramos importante la concientización de los sectores dominantes, con objeto de que contribuyan voluntariamente o al menos no obstaculicen la edificación de esa sociedad más justa. Por tanto, el CEE se esmera también en descubrir los elementos que mejor contribuyan a incrementar la capacidad de diálogo entre las partes en conflicto.

En la Editorial del núm. 4 del mismo volumen de esta Revista, nos referimos a un problema que ya ha sido objeto de discusión en diversas ocasiones. Nuestra intención al volver a tratarlo dista mucho de cualquier intención polémica. En realidad brotó como resultado de las vivencias surgidas en nuestro equipo al reflexionar en común sobre nuestras tareas pasadas y futuras.

Concluimos que es ilusorio, en ciencias sociales, intentar prescindir de marcos valorales que influyan no sólo en la selección de los temas de investigación, sino que también acompañen al desarrollo de los mismos.

La revisión de diversos listados de investigaciones educativas realizadas o en proceso en América Latina, es capaz de mostrar en la mayoría de ellas los enfoques que adoptan quienes las sugieren, propician o emprenden. Es relativamente fácil apreciar en muchas la influencia de la Sociología estructural-funcionalista y la corriente neoclásica de la Economía. Tras de estas orientaciones parece subyacer un determinado marco valoral que traduce la opción consciente o tácita por la permanencia del *statu quo* y de los mecanismos que lo reproducen.

El hecho de optar decididamente por el cambio de instituciones y sistemas, implica marcos valorales distintos y enfoques diferentes, ello es obvio. Lo importante, sin embargo, es señalar el hecho de que —sean cuales fueren los marcos valorales, los enfoques y las opciones morales de los investigadores— es admisible la posibilidad de hacer investigación científica objetiva.

Nos parece que un excesivo temor sobre la posibilidad de conciliar la objetividad científica con las diversas posiciones filosóficas que pueden adoptar los investigadores, revelaría una actitud de evasión ante el compromiso que hoy, más que nunca, se está exigiendo al investigador social. Es muy probable, por el contrario, que el marco valoral que inspira y orienta al investigador, lejos de obstaculizar su labor científica, por el contrario, la refuerce. El deseo de la eficacia entra también a formar parte en este complejo contexto, y su participación equivale a una presión adicional sobre el investigador para que se apegue aún más a las leyes de la racionalidad y de la objetividad que reclama toda labor científica, independientemente de —o precisamente en función de— su marco valoral personal.

* * *

Los valores admitidos por cada investigador en ciencias sociales y que constituyen su marco de referencia, no son otra cosa que su propia filosofía. No necesariamente en el sentido de una opción definida sobre el enorme abanico de sistemas que se han sucedido en la historia de la filosofía. Sería mucho pedir, aun tratándose de investigadores sociales, el que precisasen con todo rigor su posición ante ese marco tan amplio. Es difícil para los no iniciados conocer a fondo el pensamiento de los constructores de esos grandes sistemas; y por otra parte, la actual y creciente tendencia a la especialización obstaculiza aún más ese conocimiento que sin duda sería tan iluminador.

Al hacer mención del marco valoral del investigador nos referimos a esa filosofía empírica con la que todos cuentan y que no es otra cosa que la personal concepción del hombre, del mundo y de la vida. Resultado de la educación, de la experiencia, de la propia capacidad de reflexión, es origen de las convicciones y de los ideales que tan significativo papel desempeñan en la orientación de la vida personal. Esta filosofía empírica, en muchos casos

felizmente apoyada por conocimientos sistemáticos sobre la historia de la filosofía y algunas otras áreas filosóficas y humanísticas, se complementa aún más con la rígida formación racional y la disciplina a la que se somete durante largos años todo investigador profesional. Y tratándose del investigador social, la circunstancia especial de encontrarse constantemente en contacto con la problemática humana, le brinda la oportunidad de vincular constantemente su esquema mental con las circunstancias existenciales del hombre.

* * *

La cultura es un todo cuyos distintos sectores son solidarios los unos de los otros. Los males cuyas repercusiones en el mundo social y económico espantan tanto se han fraguado en las capas profundas de la vida humana, allí de donde surge la idea del mundo y del hombre que más adelante cuaja en la moral, el derecho y la política vigentes. Mientras no se llegue hasta allí, hasta la renovación total de las matrices y se logre una visión diferente del hombre, del mundo y de la vida, no se podrán remediar los males de que tanto se quejan los hombres.

Los miembros del equipo de investigación del CEE estamos convencidos de que es preciso llegar hasta los valores mismos en los que se apoya la vida humana. Para transformar muchas de sus circunstancias indeseables es preciso llevar hasta allí la renovación. No será posible asegurar una transformación de las estructuras externas de nuestras sociedades, mientras no se efectúe un cambio radical de los valores y de la jerarquización de los mismos que hoy aceptan los hombres.

Con objeto de mostrarnos coherentes con nosotros mismos, y puesto que hemos hecho público nuestro compromiso de luchar por el cambio, deseamos ahora expresar los ejes fundamentales de nuestro marco axiológico; los valores guías que constituyen la base sobre la que quisiéramos ver cimentada la sociedad del mañana en nuestra Patria. El cuadro de estos valores básicos deberá necesariamente ser completado. Nuestro plan es precisar, primero, aquellos valores que son como las bases que habrán de sustentar la sociedad ideal a la que aspiramos. Y, en segundo término, determinar los valores instrumentales, esto es, los que permitirán hacernos llegar a esa meta. Y no ignoramos que nuestra pretensión parecerá a algunos ingenua, a otros petulante.

En realidad esta decisión nos ha exigido un esfuerzo suplementario, resultado del convencimiento de que cada sociedad debe abrirse su propio camino y evitar las recetas y las soluciones hechas. Pues aun tratándose de problemas que poseen rasgos comunes, éstos se presentan en situaciones muy distintas y a poblaciones de características diferentes; a veces en aspectos fundamentales, a veces en detalles. Eso obliga a un esfuerzo muy serio, hasta la fecha poco desarrollado, para trazar y abrir el propio camino y para elaborar un lenguaje apropiado. La tendencia muy humana al menor esfuerzo inclina, en cambio, a optar por las soluciones hechas, las fórmulas, las ideologías. Hace apropiarse de lenguajes de los que no siempre se percibe todo el significado, o no responden del todo al ser, al pensar y a la voluntad de expresión de los que los manejan, o bien hacen interpretar inadecuadamente lo que otros expresan.

En esta tarea nada fácil de abrir el propio camino mucho ayuda el contar con cierto sentido de la orientación, y esto es precisamente lo que deseamos.

No es posible precisar con detalle la meta final; creemos percibirla vagamente como un horizonte semioculto por la niebla. A veces nos acomete la duda sobre si, en realidad, sea posible fijarla; pero deseamos al menos saber qué rumbo tomamos y hacia dónde dirigimos nuestros pasos.

* * *

Un objetivo que todos admitirían en esa transformación de las actuales estructuras sociales, económicas y políticas que tanto se desea, sería el surgimiento de una sociedad en la que el hombre pudiese vivir mejor, y desarrollarse de una manera más conforme con su naturaleza. Esto implica que cualquier cambio deseable lo es en función del hombre, y en esto estamos tan totalmente de acuerdo que lo constituimos como punto de partida de nuestro marco valoral.

Acaso ni fuera necesario insistir que al referirnos al hombre, haremos a un lado toda concepción meramente abstracta del mismo. Por el contrario, pensamos en el hombre concreto que es el campesino, el obrero, el estudiante, el habitante del cinturón de miseria de la gran ciudad, el empleado, el maestro, el profesionista, el burócrata.

Este hombre concreto es nuestro obligado punto de referencia. No hablamos de cambio social, de cambio estructural, de respeto a los valores y a las culturas, sino con referencia exclusiva a ese hombre concreto cuyas condiciones de vida, situación y desenvolvimiento personal quisiéramos ver mejorar sustancialmente.

Nuestra filosofía, si cabe la expresión, no es reflexión abstracta sino fundamentalmente antropológica en sentido amplio. Deseamos una sociedad con dimensión y con características humanas y nos apoyamos en una visualización de la condición concreta y existencial del hombre. Esta filosofía en incesante búsqueda, renuncia a toda pretensión de ser definitiva y absoluta; adquiere por el contrario, al contacto de las ciencias sociales, una cierta relatividad. Esto le garantiza respetar tanto la diversidad de las culturas, como la misma libertad humana.

Al asirnos a una filosofía a la que ante todo preocupa el hombre histórico, quisiéramos evitar el quedarnos en una concepción puramente especulativa del hombre que no saliese de una referencia constante a principios abstractos y pretendidamente absolutos. Se puede incuestionablemente apelar a la esencia humana y fincar en ella ciertos principios básicos —nosotros lo hacemos—; pero, puesto que se trata de un humanismo de la acción, es preciso huir de las repeticiones; puesto que se trata de proyectos que se quieren realizar, es importante descender a lo concreto; puesto que se trata de prever la manera de transformar prácticamente a la sociedad, es preciso contar con la ayuda de las ciencias sociales.

Y ésta es otra característica de esta filosofía que buscamos, su apertura al mundo de las ciencias. Una filosofía que no sólo admite partir de la experiencia que proporciona el dato científico, sino que en cierta forma se compromete con los resultados de la investigación científica. Que acepta la mediación de las constantes sociológicas y cobra plena conciencia de los datos empíricos y de las generalizaciones parciales a las que se llega por los caminos de la investigación social. Sólo de esta manera se llega a conciliar, como dice Goldmann,

filosofía con ciencia y juicios de experiencia con juicios de valor, en ese esfuerzo por comprender al hombre y a la sociedad.

* * *

La causa profunda del desorden social, plasmado en las injusticias y en la opresión bajo innumerables formas, es el olvido del valor esencial del hombre. De allí la importancia de reconocer al hombre por lo que realmente es y de tratarlo consecuentemente.

Porque el hombre es capaz de conocer y de hacer opciones libres, supera a la materia y pertenece al mundo del espíritu. Su vocación es realizarse a sí mismo plenamente y contribuir con su esfuerzo al perfeccionamiento y organización del mundo en el que habita. Todo esto lo logra mediante el desarrollo de su inteligencia y la conquista de su libertad, cosas ambas que deben traducirse, al mismo tiempo, en el dominio sobre la naturaleza y en la organización de toda la actividad humana.

Puesto que se trata de un ser individual que pertenece a una especie espiritual, el hombre es además un ser sociable y, como tal, solidario con todos los que constituyen esa especie. Su pleno desenvolvimiento no lo logra sino participando con sus semejantes en la tarea de instaurar un orden racional universal.

En cuanto ser espiritual, dotado al mismo tiempo de caracteres biológicos, su naturaleza y su destino es doble. Y en función del mismo se le impone una jerarquización de valores. Indispensable es para el hombre la realización de una serie de valores materiales. Pero estos valores de ninguna manera podrían poner en entredicho los valores del espíritu, y por más necesarios que sean para su desenvolvimiento integral, él mismo no puede subordinarse a ellos.

* * *

Si sólo se ve en el hombre al productor o al consumidor, se construye una sociedad inhumana. Si se desconoce en el hombre su sustancia espiritual, lo único que se logra es exacerbar sus deseos sin posibilidad de satisfacerlos. Si no se cobra cabal conciencia de su carácter esencial de *persona*, resulta imposible entonces descubrir el principio equilibrador entre las nociones de individuo y sociedad, individuo y Estado.

Aun cuando lo común sea hoy callar sobre la naturaleza espiritual del hombre, juzgamos fundamental reconocerla plenamente y con todas sus implicaciones. Estamos conscientes de que no existe más alternativa que admitir o negar la naturaleza espiritual y trascendente del hombre.

Para significar el carácter específico del hombre y la superioridad de su naturaleza sobre la del mundo físico-químico-biológico, se emplea la palabra *persona*, noción reservada a los seres dotados de conciencia y capaces de auto-nombrarse.

Personalista es toda doctrina o civilización que afirma el primado de la persona humana sobre las realidades materiales y sobre los organismos colectivos que contribuyen y protegen su desarrollo, enfatizaba Mounier.

Respetar la persona humana es respetar su naturaleza libre, su necesidad de conocer y amar, de desenvolverse y madurar, de procurar la vida, de sentir-

se responsable y de participar en la obra común. Respetar la persona humana es brindarle seguridad, oportunidades de ejercer su libertad, así como también proporcionarle un marco de vida conforme con su naturaleza y un ritmo de actividad coherente con su peculiar dimensión.

El enorme progreso científico y tecnológico de nuestra época no ha sido extensivo al área humana. Los progresos en el conocimiento del hombre y en el conocimiento de las leyes que rigen el progreso total y equilibrado de la humanidad han sido insignificantes. Es urgente definir, “frente a las concepciones masivas y parcialmente inhumanas de la civilización actual, los elementos básicos que pueden cimentar una civilización consagrada a la persona humana” (Mounier).

Estos elementos deben incuestionablemente fundarse en la verdad, para que el orden nuevo no quede dividido contra sí mismo, y tener la amplitud suficiente para permitir agrupar a todos aquellos que se inspiran en el mismo espíritu.

Tomar posiciones en este terreno nos parece capital. Cualquier elaboración doctrinal, cualquier construcción institucional, así como cualquier plan político, presuponen una opción definida en este terreno. En nuestro caso y como ya se ha dicho anteriormente, las prioridades de investigación y los enfoques que utilizamos en nuestros trabajos, no pueden menos que verse influenciados por esta concepción del hombre. Pero sería inútil insistir en que nada está más alejado de nuestro propósito como la pretensión de que estos principios fuesen aceptados por todos; sería esterilizante.

* * *

Al adoptar la noción de persona como uno de los ejes fundamentales de nuestro marco valoral pretendemos, por nuestra calidad de investigadores sociales, descubrir los caminos que conduzcan hacia un régimen humano y social fincado en la persona humana. Nuestro punto de vista es que la persona humana es un absoluto, lo cual no equivale a decir que sea el Absoluto. La importancia que le concedemos significa, concretamente, como apuntaba Mounier:

- 1o. que una persona no puede ser jamás considerada como medio, sea por una colectividad, sea por otra persona;
- 2o. que no hay en la vida humana acontecimiento impersonal, valor impersonal, destino impersonal, espíritu impersonal;
- 3o. que es inadmisibles cualquier régimen que, de hecho o de derecho, considere a las personas como objetos intercambiables, les impida realizar su vocación o les imponga, desde fuera, una determinada vocación;
- 4o. que la sociedad, esto es, el régimen legal, jurídico, social y económico, no tiene por misión ni subordinar a sí mismo a las personas ni asumir la función de hacerlas desarrollar su vocación. Debe, en cambio, asegurarles una zona de privacidad y de protección que les facilite reconocer en absoluta libertad espiritual su propia vocación; ayudarles, sin presiones de ningún género y a través de una educación sugestiva,

- a liberarse de los conformismos y errores de orientación; finalmente, brindarles por conducto del organismo social y económico los medios materiales necesarios para el logro de su vocación;
- 5o. es la persona la que realiza su destino; nadie más, ni hombre ni colectividad puede sustituirla en esta tarea.

* * *

Estamos convencidos de que sólo una revalorización de la persona humana podría contrarrestar las exageraciones que se han venido escenificando, como resultado de las grandes pugnas ideológicas y de las corrientes históricas. En el mundo actual, el hombre vive acostumbrado a considerar supremas las cuestiones y los valores transpersonales; olvida fácilmente su carácter de persona, le resta importancia, cuida poco de sí mismo y pasa por alto e incluso niega su categoría superior y la de los bienes del espíritu.

Curiosa paradoja: una época empeñada en adjudicarse como mérito principal la resituación del hombre; una época que pretende caracterizarse por su honda preocupación por el hombre es, al mismo tiempo, la época en que más elementos se dan para que el hombre se olvide de sí mismo e ignore su valor como persona. El colectivismo, manifiesta y explosiva tendencia actual, antítesis que pretende ser del egoísta individualismo anterior, está cayendo en el extremo opuesto que se resume en uno solo pero elocuente término, la despersonalización. Ello se debe a que a esta fiebre de colectivización la acompaña frecuentemente un materialismo tácito o declarado. Muchas de sus formas niegan abiertamente el carácter espiritual del ser humano, que es precisamente el sustrato de la persona, o lo desvirtúan hasta convertir a la persona en mero individuo, esto es, en número, en engranaje de la maquinaria, en el hombre-masa que denunció Ortega.

Nuestra voluntad de contribuir a la revalorización del concepto de persona se traduce al mismo tiempo en una abierta oposición a la noción de individuo, que es el hombre deshumanizado, sin moral, sin historia, sin carácter, sin espontaneidad, sin una sola de las condiciones que lo erigen en alguien digno de ser tenido en cuenta. El hombre como individuo es un molde vacío, una fórmula hueca, un gesto sin significado.

* * *

Opinamos que la noción de comunidad es complementaria de la de persona, y ambas constituyen los ejes fundamentales de nuestro marco valoral. Son como las coordenadas que nos habrán de permitir ubicar a lo largo de nuestra reflexión todos los elementos esenciales con los que habrá de completarse nuestro esquema.

No ignoramos que estas nociones fueron precisamente los ejes que estructuraron el movimiento personalista iniciado en los años treinta. Estamos convencidos de que la lucha emprendida entonces y no interrumpida hasta el día de hoy, cobra en las actuales circunstancias toda su fuerza. Deseamos unir nuestro esfuerzo a los que se realizan ya en muchas partes por numerosos grupos que desean instaurar un tipo de convivencia más fraternal y humano; que desean ver evolucionar las sociedades hacia formas más respetuosas de

la persona humana, tanto por lo que hace a su esencia espiritual como a su aspiración de vivir en un medio más propicio para desarrollarse plenamente, y ejercitar su voluntad de participación y solidaridad.

La fórmula comunitaria nos parece eficaz para salvar el doble escollo del individualismo egoísta y estéril y el colectivismo despersonalizador.

Por otra parte, nos parece que en pocas épocas de la historia se había experimentado tanto como en la nuestra, una serie de necesidades latentes a las que el respeto de la persona y el espíritu comunitario ofrecen una respuesta tan apropiada. En efecto, múltiples son las formas a través de las cuales, muy especialmente las nuevas generaciones, muestran su deseo de autenticidad, su ansia de ser y de valer. Muy reciente y vigoroso a la vez se viene mostrando entre los jóvenes el repudio por ese sustituto engañoso del ser, como es el poseer y acumular.

Los hombres de nuestra época experimentan una gran necesidad de diálogo y de comunicación, de solidaridad, de fraternidad real, de posibilidad de participación efectiva en la elaboración y realización de proyectos que a todos beneficien. Muestran su fastidio por lo que demasiado ha ocurrido en el mundo de las relaciones humanas: vivir juntos sin tomarse interés los unos por los otros; vivir aglomerados, no asociados; estar unidos por la coincidencia material y aleatoria de sus presencias corporales, no por la trabazón moral y voluntaria de sus energías espirituales.

Para llenar el vacío así generado en la vida social y pública, se invocan a cada instante principios generales, circunstancias comunes, valores de orden colectivo, ideales nacionales. Desafortunadamente esos conceptos no se acompañan de acciones y de organización respetuosas de la verdadera dimensión humana, por lo que se tornan vacíos de contenido y sólo despiertan la indiferencia o el escepticismo.

En nuestra opinión, únicamente si se toma en cuenta en toda forma de organización y de relación humana el concepto auténtico de persona, se logra saciar ese deseo de autenticidad, de ser, de valer, además de que sólo así se brinda verdaderamente a cada quien la oportunidad efectiva de desarrollarse plenamente.

Por otra parte, nos parecen válidas las observaciones de que los hombres alcanzan su estatura cabal únicamente cuando se dedican a un propósito mayor que sus propios intereses egoístas; y de que la plena libertad no se encuentra en el aislamiento sino en la comunidad. Cuanto más libre se es, más capacidad se tiene para relacionarse con los demás.

Creemos propicio el ambiente para sembrar el espíritu de auténtica comunidad humana; para hacerlo cundir en numerosos grupos, a la manera de una levadura destinada a hacer fermentar toda la masa. Es posible hacer surgir vínculos verdaderamente comunitarios en núcleos ya de suyo proclives a la búsqueda de mayor solidaridad y ansiosos de diálogo y comunicación humana. Es posible unir a los hombres con lazos muy distintos que los del azar, la coacción o el simple interés material.

* * *

La comunidad es la integración de un grupo de personas que buscan salvaguardar totalmente la específica vocación de cada una de ellas, y que perci-

ben con claridad que la mejor manera de lograrlo es vinculándose estrechamente con las demás.

Es un grupo humano que pretende ir más allá de lo implicado en una agrupación orgánica, que sólo es logro de la naturaleza; es algo más allá de lo implicado en un agrupamiento mecánico, que es un acierto de la inteligencia. Comunidad es la conjunción de lo que tiene de perfecto la naturaleza con lo que tiene de perfecto el espíritu.

A veces se contraponen los conceptos de sociedad y de comunidad. Hoy se habla de la comunidad como de una realidad superior a la sociedad. La sociedad es amalgama de individualidades, la comunidad es comunión de personas.

La comunidad se distingue de otros grupos humanos de objetivos más limitados, por su fin mismo, que es el desenvolvimiento completo de cada una de las personas que la integran; por los lazos afectivos que ligan a sus miembros; por la responsabilidad solidaria inmediata que exige la común aceptación de algunas exigencias; por la espontaneidad de su constitución; por la agilidad y delicadeza de sus hábitos que se acomodan a las condiciones cambiantes de la vida; por un régimen de propiedad que admite muchos grados en la puesta en común de los bienes, pero que nunca se confunde con el colectivismo puesto que trata siempre de asegurar la necesaria independencia de la persona.

Los elementos esenciales de la comunidad son la comunión y la comunicación. De esta suerte, una comunidad puede surgir como resultado de una idea que se quiere esclarecer, promover o defender; y puede también surgir como resultado de una situación existencial. La comunidad de ideas y la comunidad de existencia asocian a los hombres. La comunidad más auténtica es la que implica una y otra. Las dosis en que pueden combinarse son innumerables.

La comunidad provoca, además, cierta fusión de las conciencias que genera la conciencia del “nosotros”; esta especie de conciencia colectiva jamás, sin embargo, sustituye a las conciencias y a las libertades individuales. Las personas que deciden agruparse en comunidad son personas libres, y tanto más logran constituir una genuina comunidad cuanto mayor grado de madurez personal son capaces de aportar para esa experiencia.

Las filosofías comunitarias distan mucho de ser nuevas. En rigor se vuelve a cuestiones planteadas desde la antigüedad por los grandes teóricos clásicos del amor y de la amistad. Esto prueba la permanente y connatural necesidad del hombre de estrechar los lazos que le unen con sus semejantes, a efecto de realizarse mejor. Si se llegase a proscribir totalmente el espíritu y el sentido de la comunidad, los mecanismos jurídicos y la organización social mostrarían su absoluta incapacidad para coordinar sin opresiones y abusos la actividad de los hombres.

Estamos convencidos de que la mejor manera de proteger a la persona humana, salvaguardar su libertad y brindarle el mejor medio para que pueda desenvolverse es difundiendo al máximo la asociación comunitaria. Deseamos empeñar nuestro esfuerzo en esta tarea, contribuyendo a reforzar los lazos comunitarios que se muestran espontáneos en las comunidades naturales y descubriendo las formas de hacerlos surgir en nuevos grupos humanos.

* * *

Persona humana y comunidad son, pues, los ejes fundamentales sobre los que nuestro equipo pretende construir su marco valoral. Es indudable que en torno a ellos habrá que ir situando toda una serie de valores y conceptos, indispensables en la elaboración de un modelo ideal. La tarea es difícil y exige muchas horas de reflexión personal y comunitaria. Estamos decididos a emprenderla, y por las mismas razones que nos movieron a dar a conocer en esta ocasión los resultados parciales de una reflexión emprendida hasta aquí, daremos a conocer en su oportunidad a cuantos siguen con algún interés nuestros pasos, los resultados de nuestros esfuerzos ulteriores.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Nos parece indispensable ofrecer a nuestros lectores una breve lista de obras y documentos utilizados a lo largo de nuestro proceso de reflexión y discusión, así como para la redacción final de nuestro texto.

- Albertini, J. M. *et al.*, *Options humanistes*, Editions Ouvrières. París.
1968
- Centro de Estudios Educativos, “Editorial”, *Revista del Centro de Estudios Educativos*, vol. II, núm. 3, Tercer Trimestre
- _____, “Editorial”, *Revista del Centro de Estudios Educativos*, vol. II, 1972 núm. 4, Cuarto Trimestre.
- II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio*, CELAM, Bogotá, Colombia, 5ª. edición.
- Desroches, Charles H., “Dialectique de la comniunauté”, en *Economie et Humanisme*, núm. 11.
1944
- Gallegos Rocafull, J. M., *La visión cristiana del mundo económico*, Editorial Taurus, Madrid.
1959
- Jolif, J. Y., *Comprendre l’homme*, Editions du Cerf, París.
1967
- Lebret, L. J. y Gatheron, J. M., *Principes et perspectives d’une économie humaine*, Cahiers d’économie et humanisme, núm. 4, Ecully (Rhône).
1944
- Lebret, L. J., “Positions clés”, en *Economie et Humanisme*, núm. 23, L’Arbresle
1946 (Rhône).
- “Guide du militant”, *Economie et Humanisme*, 2 vols., L’Arbresle, (Rhône).
1946.
- _____, *Montée humaine*, Editions Ouvrières, París.
1958.
- Maritain, Jacques, *Humanisme intégral*, Editions Montaigne, París.
1968.
- Mounier, Emmanuel, *Révolution personaliste et communautaire* (1934),
1961 *Manifeste au service du personalisme* (1936), *Anarchie et personalisme* (1936), *Anarchie et personalisme* (1937), *Personalisme et*

christianisme (1939).

Edición de las obras de Mounier 1931-1939, Editions du Seuil, 4 vols., París.

Paissac, H., *Personne et propriété*”, en *Propriété et Communautés*, 1947 Cahiers d’Economie et Humanisme, París.

Rodríguez-Arias B., Lino, *De la propiedad privada a la propiedad comunitaria*, 1971 Monte Avila Editores, Caracas.